

¿QUIÉN TEME A NICOLÁS MAQUIAVELO? MIEDO, EMOCIÓN Y POLÍTICA EN “EL PRÍNCIPE”

César Morales Oyarvide (University of Chicago)

XV Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración
GT 4.8 Emociones en política. Comportamiento político, liderazgo y comunicación

Working paper

Tanto en la Dedicatoria como en el Capítulo XIV de El Príncipe, Maquiavelo vincula el oficio de gobernar con el arte de conocer y dibujar paisajes. Este trabajo parte de la premisa de que en el paisaje político que Maquiavelo pinta a sus lectores, las emociones y las pasiones juegan un papel fundamental.

Como señala Robert Black en una de las biografías del florentino más recientes (2013:108-109), El Príncipe muestra una serie de fuerzas más allá de la razón que influyen en el éxito o ruina tanto de gobernantes como de sus estados. La primera de estas fuerzas es la Fortuna, pero casi tan influyentes como esta diosa equiparable a nuestro concepto del azar y las circunstancias son las emociones y pasiones de los hombres. Emociones como el amor, el odio, la ambición y el miedo intervienen continuamente en las acciones de los personajes que aparecen en el “opúsculo” de Maquiavelo. En consecuencia, todo lector juicioso debería tomarlas en cuenta e integrarlas en sus razonamientos sobre política.

Entre las emociones que aparecen en El Príncipe, el miedo es probablemente la más prominente. En este trabajo discutiré sus muchas caras y responderé las siguientes preguntas en relación con esta pasión: ¿quién teme en El Príncipe? ¿Cuáles son las causas de este temor? ¿Cuáles son sus consecuencias de estos temores? Y, finalmente, ¿cómo se relaciona el miedo maquiavélico con el uso actual de esta pasión, especialmente por populistas de signo autoritario?

La primera parte del trabajo discute la presencia general del miedo en El Príncipe, mientras que la segunda analiza y comenta las diferentes caras y roles que esta emoción toma en el texto, a través de un análisis textual capítulo a capítulo. La tercera sección presenta un somero análisis de los usos del miedo en Maquiavelo con aquellos de la derecha radical y los populistas autoritarios.

La conclusión del trabajo llama la atención sobre el hecho de que, para Maquiavelo, el miedo es la emoción más íntimamente ligada con la *virtú* de los príncipes y, por tanto, el componente emocional central en la construcción del liderazgo político. La capacidad de inspirar temor está directamente ligada al consejo más importante de Maquiavelo: la autosuficiencia o, en sus palabras, la capacidad para “sostenerse en lo propio”. El miedo en Maquiavelo requiere de una cierta técnica y prudencia por parte del gobernante, no sólo de fuerza bruta o crueldad. Pero sobre todo, el miedo en Maquiavelo no es una herramienta tiránica para controlar a los hombres y reducirlos a la “estupefacción”, sino para “forzarlos a ser buenos”, de manera similar a como lo hacen las leyes. Lo anterior aplica tanto para el pueblo, los nobles y el propio príncipe.

En este sentido, este trabajo mostrará la importancia que tienen las emociones en el contenido y transmisión de los principales consejos de uno de los textos políticos más influyentes de la historia, considerado un ejemplo de pragmatismo y realismo. Al hacerlo, aspiro a un doble propósito: en primer lugar, a contribuir al estudio de la dimensión emocional y pasional de la política, y en segundo lugar, a mostrar que la obra de Maquiavelo, escrita hace más de 500 años, continua siendo una fuente rica de lecciones.

SECCIÓN I: EL MIEDO EN EL PRÍNCIPE

Tanto como verbo (*temere*) como sustantivo (*paura, timore*) o adjetivo (*pauroso*), el miedo es uno de los conceptos que aparecen con más frecuencia en *El Príncipe*. Esta emoción aparece 66 veces y en 16 capítulos¹, pero es protagonista indiscutible de dos de ellos: el XVII y el XIX. El miedo es, en este sentido, la emoción más presente a lo largo del célebre “opúsculo” de Maquiavelo, por encima del amor, del odio, y del desprecio, todas ellas emociones vinculadas con el miedo, pero también de la ambición o la envidia, pasiones de gran relevancia en la política maquiavélica.

Maquiavelo invoca al miedo de múltiples maneras. La primera, la más obvia, es para dar cuenta del temor de algún personaje de su obra hacia algo o hacia alguien: por ejemplo, cuando se dice que había ciertos cardenales que temían a Cesare Borgia en el capítulo VII. En segundo lugar, cuando aconseja al príncipe la conveniencia (o no) de temer a algún actor o fenómeno, como cuando en el capítulo IV aconseja al príncipe temer de la sangre del monarca de un territorio recién conquistado. En tercer lugar, cuando califica a un personaje como capaz de inspirar miedo o, por el contrario, como propenso a atemorizarse, como Oliverotto de Fermo en el capítulo VIII o los súbditos de un nuevo principado en el capítulo III, respectivamente. Cabe señalar también que el miedo en *El Príncipe* a veces aparece de forma positiva y material y otras de manera potencial, como una emoción que tal o cual personaje debería sentir. En otras ocasiones, por el contrario, el miedo aparece de manera negativa, pues lo que Maquiavelo destaca es su ausencia.

Como señala Visentin (2016: 379), en Maquiavelo “princely deeds are always determined by a restless dialectic with the passions and the imaginations of his people”. El miedo es, pues, en *El Príncipe* una emoción relacional. Con frecuencia también es bidireccional: los personajes de la obra la inspiran y lo padecen, aunque en distintos grados y por distintos motivos. Si bien casi todo lector de Maquiavelo sabe bien que el príncipe debe preferir ser temido a ser amado por sus súbditos, no pocos caen en la cuenta de que es también natural y ordinario que el príncipe mismo tenga buenas razones para temer. Para ambos casos Maquiavelo tiene un consejo y

¹ III, IV, VI, VII, VIII, IX, X, XII, XV, XVII, XIX, XX, XXI, XXII, XXV, y XXVI

ofrece una técnica. Hay formas prudentes e imprudentes de inspirar temor, y las hay también de sentirlo.

¿Quién siente miedo en el príncipe? Por distintas razones, temen los príncipes y los pueblos, pero también las ciudades, los personajes que Maquiavelo llama “los grandes” o “nobles” e incluso los soldados.

Las razones para hacerlo son también variadas. Los personajes de El Príncipe temen (pero también son susceptibles de temer o, por el contrario, son lo suficientemente imprudentes para no temer cuando deberían hacerlo) a la autoridad y a los poderosos, a la venganza y a las conspiraciones, pero también al castigo, al futuro, a los impuestos y a Dios.

Las consecuencias del miedo (de sentirlo o de inspirarlo, ya sea el miedo propio o el ajeno) pueden ir desde la obtención de un principado o su mantenimiento, hasta la pérdida de un gobierno y de la propia vida. En El Príncipe, el miedo interviene tanto en los triunfos como en la ruina.

En la siguiente sección mostraré a través de un recorrido por el texto capítulo a capítulo las diferentes caras del miedo y los diferentes roles que esta emoción toma en El Príncipe, utilizando la segunda edición de la traducción al inglés de Harvey C. Mansfield.

SECCIÓN II: EL MIEDO, CAPÍTULO A CAPÍTULO

La primera mención del miedo en *El Príncipe* ocurre en el capítulo III, al discutir los principados mixtos, como si Maquiavelo dijera a sus lectores que esta emoción aparece a la par que los problemas y peligros que todo principado total o parcialmente nuevo conlleva. En este capítulo, Maquiavelo muestra al miedo en toda su complejidad, tanto en los actores que lo sienten, sus razones y consecuencias. En primera instancia, Maquiavelo señala que el miedo al príncipe acompañará a los súbditos del príncipe nuevo que decidan no ser buenos (10). Poco después, Maquiavelo aconseja al príncipe nuevo que, al ofender a sus nuevos súbditos (algo ordinario y natural) lo haga de modo que no tema represalias de su parte, es decir, de forma definitiva (11).

De esta manera, el capítulo plantea ya tres ideas fundamentales: la primera, que el miedo es una herramienta con la que el príncipe puede modificar el comportamiento de sus súbditos. La segunda, que es un sentimiento que lo mismo puede acompañar al príncipe que a sus súbditos. Y finalmente, que para eliminar las acciones que el príncipe podría temer (la venganza de sus súbditos), el gobernante debe evitar las soluciones intermedias, un consejo que se repetirá a lo largo de la obra en diferentes contextos.

No obstante, el miedo de los súbditos también puede volverse en contra del príncipe en un estado recién reformado. Así lo muestra el capítulo VI. No hay empresa más riesgosa que abanderar reformas, nos dice Maquiavelo. La causa de esto no es sólo la incredulidad de la gente a los nuevos órdenes de los reformadores, sino el miedo que les inspiran los partidarios del antiguo régimen, que tienen aún las leyes de su lado (23). La aparición del miedo en este capítulo muestra que un príncipe prudente debe considerar no sólo el miedo que él causa en los demás ni el que él puede sufrir, sino además el miedo que inspiran sus adversarios en un tercero. Cabe señalar también la íntima relación de la ley con el temor, algo que podremos vincular directamente con el castigo más adelante.

El capítulo VII abunda en la ambivalencia del miedo (su potencial para contribuir tanto al éxito como a la ruina de un príncipe) a través de la figura de César Borgia,

descrito como un gobernante capaz de infundir temor (a sus súbditos, a sus rivales y a ciudades enteras) pero también de sentirlo. Borgia es el único personaje del príncipe de quien se dice que es temido y amado al mismo tiempo (32), una combinación que Maquiavelo señalará más adelante (capítulo XVII) como deseable pero prácticamente imposible de conseguir. De igual modo, aparece como un ejemplo de príncipe capaz de modular el miedo que genera en sus súbditos (otro tema del capítulo XVII), al reemplazar a Remirro de Orco cuando sospechó que su crueldad no sólo había generado temor sino odio.

Si bien estos hechos hacen ver a Borgia como un maestro en el uso del miedo, lo cierto es que el no considerar los efectos que produce esta emoción en los demás - sobre todo, en los grandes- fue parte de su ruina: el Valentino no debió consentir que se hicieran papa los cardenales a los que había ofendido o los que le temían, dice Maquiavelo. El autor no especifica qué cardenales temían a Borgia, pero por lo que señala de Sienna, Lucca y Florencia, parece dejar claro que el miedo que generado por un príncipe puede volverse en su contra cuando se convierte en un motivo para atacarlo (31). Borgia no sólo fue demasiado cristiano a la hora de confiar en el perdón de Julio II, sino que tampoco previó los efectos que el miedo que inspiraba podía causar también en su contra. Resulta significativo que Borgia, probablemente el personaje más controvertido de la obra de Maquiavelo, es el único personaje en *El Príncipe* que teme al futuro (31), quizá en un guiño que muestra su dependencia hacia la fortuna y su estupefacción cuando ésta lo abandona.

El capítulo VIII, en el que Maquiavelo discute a quienes llegaron a príncipes por medio del crimen parece un escenario propicio para hablar del miedo. Este capítulo discute la única figura del príncipe que merece ser llamado “fearsome” en todo el libro: Oliverotto de Fermo (38). La historia de Oliverotto muestra (como luego hará la del emperador Severo) la utilidad de inspirar miedo como una herramienta para adquirir un principado. Después de los crímenes iniciales que Oliverotto realiza contra sus benefactores, fue el miedo lo que hizo que los grandes de Fermo le entregaran el gobierno la ciudad. Aún más, fue el miedo (Oliverotto era temido como gobernante incluso por sus vecinos) un elemento clave en la seguridad de la que Oliverotto gozó hasta su muerte en Sinigaglia. Esto indicaría que la capacidad de

inspirar miedo no está peleada la creación de órdenes civiles y militares firmes, sino que los hace posibles. También haría pensar que, como ocurre con el personaje de Agátocles, hay más virtud en Oliverotto que la que una primera lectura de El Príncipe deja entrever.

El miedo del príncipe civil, aquel ciudadano que llega al principado elegido por sus conciudadanos aparece en el capítulo IX. El objeto del temor de este príncipe no es el pueblo sino los grandes. Una de las razones con las que Maquiavelo sustenta su consejo de que un príncipe civil debe apoyarse en el pueblo antes que en los grandes es que, mientras un pueblo hostil puede abandonarlo, los grandes que sean sus enemigos no dudarán en atacarlo (39-40). El carácter temible o no de los grandes es una de las principales características que el príncipe debe considerar a la hora de clasificarlos y relacionarse con ellos: habrá grandes que no se enemisten con el príncipe por pusilanimidad y en la adversidad no hay que temer. Sin embargo, hay otro tipo de grandes, los que no sienten obligación hacia el príncipe y piensan más en ellos que en él: a esos, dice Maquiavelo, hay que temerlos como a enemigos abiertos (40). La figura de los grandes como una amenaza para el príncipe, tema central de los pasajes del libro dedicados a las conspiraciones, queda apuntada aquí.

El miedo en el capítulo X cambia drásticamente. El final de este capítulo plantea una faceta del miedo completamente distinta a lo que hasta este momento se ha discutido. En este capítulo, la capacidad del príncipe no ya para inspirar miedo de sí mismo, sino para instigar entre su pueblo el miedo a la crueldad de un enemigo exterior resulta fundamental para mantener fieles a sus súbditos y evitar su defección. Esta forma de utilizar políticamente el miedo, tan común en nuestros días, aparece únicamente aquí en El Príncipe (45) como una manera en que el gobernante que se encuentre bajo ataque puede resistir los embates de un enemigo.

Llama la atención que Maquiavelo yuxtapone esta capacidad para manipular el miedo popular y canalizarlo hacia los enemigos del príncipe a la capacidad del gobernante para inspirar esperanza y protegerse de posibles conspiradores en estas difíciles circunstancias. La necesidad del príncipe para gestionar las emociones (positivas y negativas) que produce en sus súbditos como una herramienta política

se muestra aquí en todo su esplendor, así como el requisito de que los príncipes sean “spirited” y retóricamente habilidosos.

La discusión sobre los tipos de ejércitos que Maquiavelo emprende en el capítulo XII muestra una otra cara del miedo: el miedo que las repúblicas deben tener de los mercenarios, que pueden arrebatarles su libertad cuando ganan, o arruinarlas cuando pierden. Maquiavelo usa a Florencia para argumentar que, si sus gobernantes no temieron a sus *condottieri* fue solo porque no ganaron, tenían la oposición de otros capitanes (lo que los mantuvo dentro de ciertos límites) o dedicaron sus ambiciones políticas a otro lado (50-51). Los venecianos no tuvieron tanta suerte, pues en cuanto comenzaron a apoyarse en armas mercenarias debieron temer tanto su éxito (lo que los obligó a matar al conde Carmagnola) como a sus fracasos, como el del conde de Pitigliano, que les hizo perder “en un día lo que habían batallado en ganar por 800 años” (52).

Es en cierto sentido desconcertante que entre las cualidades que Maquiavelo critica en los mercenarios, junto a su ambición, su falta de disciplina y su cobardía ante los enemigos se encuentra el “no temer a Dios” (48). El autor no explica por qué un soldado debe temer a la deidad, pero puede pensarse que en ese temor respetuoso que en la religión judeocristiana se tiene hacia Dios Maquiavelo intuye también la lealtad marcial al príncipe y la autoridad. Se trataría, en este sentido, de una muestra más del uso político y secular de la religión en Maquiavelo.

El capítulo XVII es la parte del libro en que el miedo cobra un mayor protagonismo. Este capítulo centra su discusión en la conveniencia y la manera en la que el príncipe debe hacerse temer por sus súbditos. ¿Es mejor ser temido que amado? Idealmente, convendría ser ambas cosas, pero Maquiavelo considera esta combinación difícil y, uno puede concluir que sólo un príncipe imprudente intentará conseguirla. La conclusión de Maquiavelo es que, para el príncipe, ser temido es, sino mejor, al menos sí más seguro (66).

La superioridad del miedo frente al amor como un vínculo que el príncipe debe construir entre sí mismo y el pueblo queda demostrada cuando Maquiavelo estima que, en tanto que el miedo se fundamenta en el castigo que el príncipe puede

imponer a sus súbditos y el amor se mantiene por un lazo de reciprocidad que los hombres pueden fácilmente quebrar, el príncipe que quiera confiar en lo que es suyo deberá optar por el miedo (66-67). La conveniencia de que el príncipe se haga temer no se basa sólo en el realismo ni parte exclusivamente de una concepción negativa de la naturaleza del hombre (66) sino que es la consecuencia de la aplicación del consejo central de Maquiavelo en *El Príncipe*: la autosuficiencia. Así como el armar a tus súbditos antes que contratar mercenarios es la aplicación prudente de este consejo en asuntos militares, hacerse temer antes que amar lo es en materia de la relación del príncipe con sus súbditos.

Ahora bien, el miedo que infunde el príncipe no es un miedo irracional, sino un temor muy racional al castigo: un temor que, señala Maquiavelo, cambiando súbitamente de perspectiva a la segunda persona: “no te abandona nunca”. Los hombres, argumenta Maquiavelo, ofenden con más “hesitation” a aquel que se hace temer. En este punto conviene ir más allá de la traducción de Mansfield e ir directamente al texto original: Maquiavelo usa la palabra “*rispetto*”. El príncipe que se hace temer es un príncipe, en consecuencia, que se hace respetar, quizá como el Dios a quien los mercenarios deberían temer. Conforme avanza la lectura del libro, el miedo que inspira el príncipe se ve menos como una consecuencia de la crueldad y más como un rasgo de toda autoridad bien ordenada que, como las leyes en las repúblicas, obliga a los hombres a ser buenos en los principados. En este caso se trata de los súbditos (al igual que en el capítulo III), aunque veremos pronto que esto también ocurre con el propio príncipe.

Esta lectura del miedo como una herramienta para generar y mantener buenos órdenes es refrendada por lo que Maquiavelo dice sobre su relación con el odio. El príncipe debe hacerse temer de tal modo que no incurra en el odio. Es decir, que el prescindir del amor no puede ser excusa para engendrar a su contrario. Ser temido y no ser odiado no sólo es posible, sino que estas dos características “go together very well” (67). Para lograr esta combinación es necesario seguir una técnica, una prudencia, que Maquiavelo resume en la consigna de no ser rapaz (67). La técnica correcta para inspirar miedo obliga también al príncipe a ser bueno de modo que no se haga odiar por su pueblo.

¿Qué hay del miedo que siente el príncipe? El capítulo XVII ya deja entrever que, también aquí, este sentimiento necesita ser modulado y gestionado por la prudencia. El príncipe debe ser lento y moderado (66) al creer los rumores sobre las cosas que le pueden hacer temer, de modo que no se vuelva incauto, al no temer de nada, ni intolerable, al temer y sospechar de todos. El capítulo XIX, que habla de las conspiraciones, profundizará en este tema.

El capítulo XIX plantea (72) que el príncipe puede tener dos tipos de miedo: el que se siente hacia el exterior (los enemigos) y el que se sienta al interior del principado (sus súbditos). Maquiavelo se centra en este segundo temor, tomando como base el problema de las conspiraciones.

En una especie de juego de espejos, Maquiavelo plantea que la mejor forma que tiene el príncipe para hacer frente a su temor hacia las conspiraciones es influir en el miedo de quienes pueden conspirar contra él. ¿Cómo? Manteniendo la amistad con el pueblo, de modo que el conspirador no sólo tema el castigo que puede sufrir si falla sino la ira del pueblo en caso de tener éxito, como ocurrió con los Caneschi en Bologna (74).

Para Maquiavelo, no sólo es el miedo al príncipe sino los celos (73) lo que explican los ataques por parte de los conspiradores, lo que hace pensar que quien protagoniza este tipo de acciones son los grandes, siempre ambiciosos y amenazantes, como mostró el capítulo IX. Como entonces Maquiavelo, hace énfasis en la necesidad de que el príncipe evite la hostilidad del pueblo. Quién no lo haga, argumenta, deberá temer a todo y a todos (74)

La segunda parte del capítulo XIX se centra entre otro tipo de conspiraciones que los príncipes deben temer, las de sus soldados, y una figura que inspira temor como pocas: el emperador Severo. Como Oliverotto, Severo recibió el Imperio gracias a su capacidad de hacerse temer, en este caso por el Senado (79). Además del caso de Severo, las historias sobre el resto emperadores narradas por Maquiavelo ofrecen lecciones adicionales sobre la manera de hacerse temer. Caracalla muestra que no hay que evitar que el temor que el príncipe inspira genere odio sino que no conviene ser temido incluso por tus cercanos (79). Maximino enseña que el hacerse temer por

todos puede crearte demasiados enemigos, lo que podría acabar, paradójicamente, haciéndote vulnerable (81).

Por otro lado, en este capítulo aparece la antípoda del miedo: el “contempt” o “desprecio”, un sentimiento del que los príncipes deben guardarse tanto o más que del odio. Máximino era temido, pero dado que era también “contenutto” (por su origen) fue asesinado (80-81). La inclusión del “desprecio” como la antípoda del miedo, así como las causas que lo generan, como ser considerado variable, ligero, afeminado o pusilánime (72), vuelven a hacer pensar en el miedo maquiavélico como un producto no tanto de la crueldad irracional sino de la autoridad. El desprecio es lo contrario también al respeto. Las cualidades que lo causan, por su lado, muestran que la capacidad de hacerse temer o respetar en Maquiavelo (la gravedad, la fuerza, la grandiosidad), si bien no son exclusivamente virtudes marciales, si lo son esencialmente rasgos asociados con lo masculino.

Al hablar de la conveniencia o no de las fortalezas en el capítulo XXI, Maquiavelo vuelve a hacer la distinción entre los dos miedos del príncipe planteados en el capítulo XIX: por un lado, el príncipe que teme más a sus súbditos y, por el otro, el que teme más a sus enemigos externos. El primero deberá construir fortalezas mientras que el segundo deberá omitirlas (86-87). Aunque Maquiavelo escribe que ambos tipos de príncipes pueden ser alabados de acuerdo con las circunstancias, su argumentación deja claro que el único miedo razonable, prudente y conducente a la estabilidad y éxito políticos es, en este caso, el que se tiene por los enemigos externos que omite las fortalezas. La falta de fortalezas es, para Maquiavelo, una especie de necesidad auto-impuesta por el príncipe hacia sí mismo para obligarse a ser buenos, manteniendo satisfecho al pueblo y no hacerse odiar por él.

Para Maquiavelo, el miedo al pueblo que incita a construir fortalezas es una profecía autocumplida, pues hace que el príncipe se desinterese por su gente y se vuelva odioso, lo que le dará más razones para temer a sus súbditos. Por el contrario, la falta de fortalezas facilitará la amistad del pueblo y, con ello, una mejor defensa del principado ante los enemigos externos.

En el Capítulo XXIII, el miedo vuelve a ser una herramienta para obligar a los individuos a ser buenos, aunque en este caso no se trata de la generalidad de los hombres ni del príncipe, sino de los secretarios y consejeros de los gobernantes. Entre las maneras en que Maquiavelo aconseja a los príncipes mantener fieles a sus ministros está en la de compartir con ellos “cargas” (95), haciéndolos responsables de llevar a cabo el “trabajo sucio” del príncipe, como hizo Borgia con Remirro de Orco. Estas cargas harían que los ministros teman cualquier tipo de innovación, toda vez que un nuevo gobierno podría culparlos de las ofensas cometidas. El miedo de lo que pueda pasar sin el príncipe, más que el miedo al príncipe mismo es lo que mantiene fieles a los ministros.

Finalmente, el capítulo XXVI, en línea con su tono épico, menciona al miedo sólo como un recurso retórico más que motive a la acción al redentor de Italia y a los italianos. Al tiempo que Maquiavelo muestra el punto débil de la poderosa artillería suiza, temerosa de una infantería como la española (104), también se muestra optimista ante la posibilidad de construir un nuevo ejército victorioso para su patria. Si sigue los consejos militares de Maquiavelo, el ejército que liberará Italia de los bárbaros “resistirá la caballería y no temerá de la infantería” (105). En este capítulo final, pasamos del miedo analizado por un pensador político, al uso del miedo (y su ausencia) como un elemento retórico, en que Maquiavelo parece adoptar la voz de un príncipe como el que describe en el capítulo XII o, mejor aún, la de un general animando a sus tropas, señalando los temores de las tropas enemigas y exorcizando los de las propias.

SECCIÓN III: MAQUIAVELO, EL MIEDO Y EL POPULISMO AUTORITARIO MODERNO

“Real power is –I don’t even want to use the word– fear.” Esta frase fue dicha por Donald Trump en 2016, cuando todavía era candidato a la presidencia de los Estados Unidos (Boucheron, 2020). El ascenso de partidos y políticos populistas en general, y de políticos de derecha populista y autoritaria como Trump en particular, ha dado pie a que nuestra época haya llegado a ser considerada como un “populist Zeitgeist” (Mudde, 2004). Este hecho ha venido a mostrar hasta qué punto el miedo, junto a otras emociones como el enojo, la culpa o la envidia, sigue jugando un papel fundamental en la política contemporánea, tan crucial como lo tuvo en tiempos de Maquiavelo.

Sin embargo, mi planteamiento es que la idea del miedo que prevalece en la política de los populistas autoritarios y en la derecha radical es muy limitada. Al estudiarla a la luz de la obra de Maquiavelo, se desprende que el entendimiento general del miedo en la política de hoy se corresponde con uno solo de los varios roles que Maquiavelo otorga a esta emoción en *El Príncipe*, específicamente el uso que se le da en el capítulo X, cuando el miedo es utilizado por el gobernante como una herramienta para dirigir las emociones negativas de la población hacia una amenaza (real o imaginaria) externa.

La idea de que el populismo no es un fenómeno monolítico y que, por el contrario, tiene el potencial para tener manifestaciones de signo autoritario o progresista ha sido sugerida ya desde hace años por Mudde y Rovira (2013). Para estos autores existen dos tipos de populismo diferente: uno que es excluyente y otro que es incluyente. Las diferencias entre ambos se refieren a la ideología que acompaña al discurso populista y a la manera en que estos movimientos definen quién pertenece al pueblo que invocan y quién es visto, por el contrario, como una amenaza.

Actualmente, la mayoría de los populismos que existen en Europa mantienen un “matrimonio de conveniencia” con el nativismo -la versión xenófoba del nacionalismo- y el autoritarismo., siendo ejemplos de populismo excluyente. El antiguo Frente Nacional de Le Pen y la Liga de Salvini pertenecen a esta familia, así

como el trumpismo al otro lado del Atlántico. La definición del pueblo al que apelan es marcadamente excluyente: no incluye a los inmigrantes, refugiados ni a minorías que, pese a ser legales, no son aceptadas por sus partidarios, como los musulmanes o los romaníes. Todos ellos pasan a convertirse, pese a no formar parte de la élite que se denuncia tradicionalmente a través de la retórica populista, en una amenaza externa para el pueblo.

Como explica el propio Cas Mudde en una obra reciente (2019: 33), la ultraderecha actual está “obsesionada con la seguridad”, entendiendo este concepto en un sentido amplio, más allá de la seguridad física e individual, en términos culturales, económicos, nacionales y étnicos. Para esta nueva derecha populista radical, dice Mudde, la seguridad casi siempre tiene un elemento nativista, pues parte de la base de que son “los otros”, los elementos extraños o foráneos de la sociedad, los que son la fuente de inseguridad para los “nativos”. De esta manera, problemas tan variados como el crimen o el desempleo se convierten así en asuntos eminentemente de ley y orden, cuya única solución definitiva es el detener la fuente de inseguridad, por ejemplo, la migración.

En este sentido, cuando alguien como Trump hizo de la construcción de un muro fronterizo entre Estados Unidos y México un elemento central de su primera campaña presidencial o cuando dijo en el discurso inaugural de su campaña de 2016 que los mexicanos que llegaban a Estados Unidos eran violadores que llevaban drogas y crimen (Phillips, 2017) utiliza el miedo de una forma que, en términos maquiavélicos, se limita a imitar al tipo de príncipe del que se habla en el capítulo X: aquél que busca fortalecerse a través de inspirar temor en una amenaza externa. Este es el uso del miedo que, como explica Nussbaum (2018:2), conduce a la agresión y a la creación de “chivos expiatorios” antes que al análisis y a la solución real de los problemas sociales

Como he tratado de demostrar en este trabajo, desde el punto de vista de Maquiavelo, esta forma de inspirar miedo es no sólo limitada, sino probablemente imprudente e incapaz de producir un orden político estable.

CONCLUSIÓN

Un lector juicioso de Maquiavelo debe llamar la atención sobre el hecho de que el miedo es la emoción más íntimamente ligada a la *virtú* del príncipe y, por ende, la pasión más crucial a la hora de explicar la construcción del tipo de liderazgo político al que Maquiavelo aspira. Inspirar temor es una acción directamente ligada al consejo más importante de Maquiavelo: la autosuficiencia. Para un príncipe, hacerse temer en lugar de amar es una manera de “fundarse en lo que es suyo” (68). Inspirar temor es, en sí mismo, una acción que requiere *virtú*, pues demanda una cierta prudencia y una técnica, no simple crueldad ni fuerza bruta. Los príncipes deben hacerse temer al mismo tiempo que evitan hacerse odiar, como insiste Maquiavelo. Incluso a la hora de temer, deben hacerlo de forma “grave” y “moderada”.

Pero sobre todo, el miedo para Maquiavelo no es una simple herramienta tiránica que los gobernantes pueden usar para controlar a los hombres y reducirlos a la “estupefacción”. El miedo es, en esencia, una forma de obligarlos a ser buenos. Esto aplica tanto al pueblo, a los ministros del príncipe y al príncipe mismo. De esta manera, el papel del miedo en Maquiavelo es similar al de las leyes de las que habla en los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio (2016, 79)². Ambas herramientas, las leyes y el temor al príncipe, aspiran a modificar el comportamiento de los hombres y dependen en la amenaza del castigo para disciplinar a los desobedientes. La idea del castigo, un concepto profundamente relacionado con la justicia para Maquiavelo (Benner, 2009:316) es la causa última detrás del miedo razonable que un príncipe debe inspirar.

Es cierto que las leyes no dependen solo del miedo de los ciudadanos, sino de su razón y del ejercicio de su libertad. Y quizá por ello pertenecen al mundo de las repúblicas. Sin embargo, en un principado el miedo puede ser una herramienta que, si se aplica y se entiende de forma prudente, puede ser la fuente de “órdenes” (la palabra con la que Maquiavelo se refiere a lo que llamaríamos hoy instituciones)

² En el tercer capítulo del libro primero de esta obra, Maquiavelo escribe: “el hambre y la pobreza hacen trabajadores a los hombres y las leyes los hacen buenos”.

buenos y estables, y de una cauta relación de amistad política entre el príncipe y su pueblo.

REFERENCIAS

- Benner, Erica (2009), *Machiavelli's ethics*. Princeton University Press:Princeton
- Black, Robert (2013), *Machiavelli*, Routledge:New York
- Boucheron, Patrick (2020), Real power is fear: what Machiavelli tells us about Trump in 2020, *The Guardian*, 8 de febrero de 2020
- Phillips, Amber (2017), "They're rapists". President Trump's campaign launch speech two years later, annotated, *The Washington Post*, 16 de junio de 2017
- Maquiavelo, Nicolás (1998), *El Príncipe* (traducido por Harvey C. Mansfield), University of Chicago Press:Chicago
- Maquiavelo, Nicolás (2016), *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* (traducido por Sandra Chaparro), AKAL:Madrid
- Mudde, Cas (2019), *The far right today*, Polity Press:Cambridge
- Mudde, Cas (2004) "The populist Zeitgeist", *Government and Opposition*, 39(4) pp. 541-563
- Mudde, Cas y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2013) "Exclusionary vs. Inclusionary populism: comparing contemporary Europe and Latin America", *Government and opposition*, 48(2), pp. 147-174
- Nussbaum, Martha (2018), *The monarchy of fear*, Simon and Schuster Paperbacks: Nueva York
- Tarcov, Nathan (2014), "Machiavelli's Critique of Religion," *Social Research* 81:1 (Spring): 193-216
- Visentin, Stefano (2016), "The different faces of the people: on Machiavelli's political topography", en Del Lucchese, Frosin, and Morfino (eds.), *The radical Machiavelli*, Brill:Leiden